



El teatro también se lee

Lector y texto dramático dialogan sobre el asunto

Francisco Castaño

Director del Organismo Autónomo Local de Cultura. Talavera de la Reina

TEXTO DRAMÁTICO:

¿Por qué no esperas, lector,
A ver en el escenario
Lo que estas páginas guardan?
Me hicieron para el teatro
Y encarnarme en los actores
Y actrices por las que hablo
Y gesticulo y me muevo
Y de repente me callo.
(Porque también el silencio
Tiene su significado).
Con sus gestos y sus voces
Que hacen de este simulacro
La rebanada de vida
De la que nos habla el clásico
Entre las cuatro paredes
(En realidad no son cuatro.
Hay una cuarta pared
Que es solo un convenio tácito
Entre quien arriba actúa
Y quien lo recibe abajo)
Que dibujen con las luces
Y las sombras un espacio
Donde voy cobrando vida
Que se consume en el acto:
Esa duración efímera
En la que soy lo que hago.
¿Por qué me acoges, lector,
En el mullido regazo
De tu sillón favorito
Para actuar en tus labios?

LECTOR:

Porque lo que tú contienes
No se diferencia tanto
De lo que contiene un libro
Tradicional de relatos
O poemas. Son palabras
Que se traducen en actos
Y no quiero que otros ojos
Me digan cómo mirarlos.

Porque el teatro leído
Es «un territorio franco»
(Lo dijo Paco Novelty
En este mismo escenario)
Donde darle rienda suelta
A nuestros vicios dramáticos.

Y a mí me gusta pensar
Que después de tantos años
De ver representaciones
De todo tipo y formato
Bien puedo aquí, en mi sillón,
Montar mi propio espectáculo.

Que puedo ponerle el rostro
De ese colega coñazo
Y entrometido, al liante
Por antonomasia: Yago.
O el de aquel adolescente
Amor que acabó en fracaso
(Si hubiera acabado bien
No guardaría el encanto).
Al de la hermosa Julieta,
Que tuvo un final más trágico.

Y si soy infiel al texto,
Lo seré solo en mi daño
Y no el del espectador
Que siente que no ha pagado
Para ver montar en bici
A algún héroe shakesperiano.

Que si hay que cambiar de época,
De sexo o de vestuario,
O el principio o el final,
Seré yo quien haga el cambio
Y no un director cualquiera
A su delirio entregado,
Que yo puedo ser tan bueno
Como el mejor delirando.

Si necesito una pausa
Para pensar, pues la hago,
Y cierro el libro y me quedo
En mi sueño embelesado.
O si prefiero parar
En el momento más álgido
Y volver atrás y ver
Cómo se lió el cotarro,
Si me perdí algún matiz,
Si no alcancé a captar algo
Que explique por qué razón
Pasa lo que está pasando;
Qué fue lo que dijo aquel
Que aquella se lo ha tomado
A la tremenda, o qué fue
Lo que quedó en un amago.
Y si quiero hago comedia
Del episodio más trágico,
Donde morir de amor
Es placer y no trabajo.
O convierto en bailarines
A combatientes bizarros.

Esto no quiere decir
Que para leer teatro
Uno no pueda ceñirse
A lo que viene acotado
Por el autor, y ser fiel
A lo escrito por su mano.
Además, dado el empleo
Que tengo ahora a mi cargo,

Sé que estoy tirando piedras
Contra mi propio tejado,
Si recomiendo leer
En la paz de nuestro cuarto.
Aunque creo que leyendo
Todos salimos ganando,
Porque la lectura lleva
A comparar lo soñado
Con lo que otro imaginó,
Con diferente reparto,
Con un ritmo diferente
Y con otros decorados.
Haber leído los textos
Enriquece el espectáculo,
Ya que al menos son dos modos
De verlo y representarlo
Lo que también hace doble
El gozo si bien miramos.

Leer, mirar, son dos formas
Distintas de hacernos sabios.
Hoy elogio la primera
(Y no solo por encargo),
Porque antes que espectador
(Mi infancia fue un tiempo avaro)
Fui lector, porque los libros
Los tenía más a mano,
Y también porque, quizá,
Además de en el teatro,
Desde siempre me propuse
Hacer de mi capa un sayo.
O dicho de otra manera
(Sin que suene demasiado
Petulante por mi parte):
Que como lector me basto
Para hacer que cobres vida,
Querido texto dramático. ■